

Actividades nacionales

Se ha dicho que Chile es el país de las minas y de los mineros, y quizá sea cierto, aunque no posea este país la exclusividad de unas y de otros. En nuestras andanzas por la ~~cordillera~~ hemos visto minas situadas en lugares absurdos, en la falda del cerro San Francisco, por ejemplo, que pasa casi todo el año cubierta de nieve, y en el faldeo del cerro Piuquencillos, lugar desolado y absolutamente impropio para lo que no sea romperse una pierna o caer desmayado de cansancio. Todo individuo no habitante de los valles es un presunto minero, sin que esto quiera decir que no lo sean también muchos de los habitantes de esos valles.

Pero no sólo es Chile país de minas y de mineros; es también país de "entierros" y de buscadores de tales. Podríamos decir que si el habitante de las montañas, o mejor dicho, de los cajones cordilleranos, tiene la pasión de las minas, el de los valles tiene la pasión de los entierros. Los entierros vienen a ser como la minería de los valles. Claro es que en una y en otra parte hay mucha gente que no cree en ninguna de las dos cosas, pero hay otra mucha que cree en ~~esas~~ <sup>más</sup> cosas.

Los entierros, sin embargo -- ¿cómo llamarlos: industria, actividad, pasatiempo, obsesión? --, son, cronológicamente, más jóvenes que las minas. A nuestro juicio, el entierro nació junto con la independencia de Chile, La huida de los españoles, de Marcó del Pont, sobre todo, inauguró en Chile la era de esa actividad nacional. Todos nosotros hemos oído ~~muchos~~ hablar de la posibilidad de que aquellos fugitivos dejaran, en los jardines o patios de sus casas, al pie de viejas murallas o entre las raíces de sombríos árboles, botijas o árguenas, cántaros o cofres repletos de pesados tejos de oro. El encuentro, aquí y allá, de algunas monedas de oro encerradas en botijos o cántaros, ha robustecido la leyenda y son muchos los individuos que podrían jurar, por lo que se les pidiera, que ellos poseen el secreto de un gran entierro, entierro que, claro está, siempre es difícil de encontrar, ya que exige, en muchos ca-

sos, determinadas circunstancias, atmosféricas, psíquicas, familiares, de temperatura, de hora, etcétera.

Junto a estos individuos, todos de buena fe, hay otros que también pueden jurar -- no les cuesta nada hacerlo -- que también poseen igual secreto. Entre estos y aquellos existe, sin embargo, gran diferencia: en tanto que la mayoría de aquéllos se empobrece buscando entierros, éstos, si tienen suerte, se enriquecen haciendo que otros los busquen. Tal fué el caso de "El boca de señarita", que ganó buenos miles de pesos con tanto "el cuento del entierro". Porque en este mundo siempre hay gente que está dispuesta a ganar dinero con la inocencia, de cualquier clase que sea: política, económica, religiosa o social, de mucha buena gente.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©